

Javier Rondón

DRAMATIS PERSONÆ O LA LEGIÓN DESLUMBRANTE





EDITORES

**Dramatis
Personæ
o La Legión
Deslumbrante**

Javier Rondón

Herederos de Javier Rondón
Sultana del Lago Editores

Maracaibo, 2025.
PRIMERA EDICIÓN

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY

ISBN: 978-980-18-5760-0
Depósito Legal: ZU2025000079

Diseño de la portada:
Luis Perozo Cervantes

Diagramación y maquetación:
Sultana del Lago Editores

www.sultanadellago.com
+584246723597

Salvo lo dispuesto en los artículos 43 y 44 de la Ley sobre el Derecho de Autor, queda prohibida la reproducción o comunicación, total o parcial de este libro, siendo que cualquier individuo u organización que incurriere en la conducta impropia señalada, podrá ser perseguido penalmente conforme a lo establecido por los artículos del 119 al 124 eiusdem, constitutivos éstos del Título VII de la aludida ley y sin perjuicio de las responsabilidades civiles a las que pudiera haber lugar.

Sacando provecho del obligado confinamiento, un autor dramático en crisis creativa convoca a una espiritista, a un actor y a un duende para que encarnen en ellos los personajes que su imaginación atrofiada no puede concretar. En su tragicómica peripecia abordan dicotomías, argumentos y personajes diversos, y reinventan procedimientos creativos de acuerdo a su propia ética de la imaginación.

Dedicado a José Luis Montero Conde: te va, con abrazos. El personaje está inspirado en vos, y solo un actoraço como vos lo podría hacer. Esperemos que regresen los aplausos y los abrazos.

GINA: *Médium*

ANGIE: *Ama de llaves o bibliotecaria*

AURELIO: *Actor*

FESTE: *Una especie de duende, mitad títere-mitad actor*

ESCENA 1

Una biblioteca surtida, bellamente desordenada. En el centro una mesa amplia, baja y sólida; a los lados, muebles variados: butaca y sofá, bancos de alturas diferentes. Un ventilador por allí.

AURELIO está adormilado en el sofá: su corbata y el cuello de su camisa están desajustados y su chaqueta deportiva está tirada sobre el mueble, a su lado. Entra GINA con un servicio de té, pone la bandeja en la mesa y luego sacude con suavidad el hombro de AURELIO.

GINA: —Bébetelo. ¿Te sientes mejor?

AURELIO: —Todavía me duelen las piernas. ¿Qué fue eso que me pasó?

GINA: —¿No recuerdas nada?

AURELIO: —Estaba hablando con Angie, y...

GINA: —¿Y...? ¿Qué pasó?

AURELIO: —Me dijo que tomara un libro de esos. Tenía las páginas en blanco. Leí la única página que estaba impresa y entonces... No recuerdo nada más.

AURELIO masajea sus piernas rígidas.

GINA se dispone a servir las tazas.

GINA: —Bébetelo.

AURELIO: —¡No! ¡Alguna vaina, alguna droga me tuvo que dar!

GINA: —Está bien, dejemos el té. Bebamos un trago. (*Vierte el té de vuelta en la tetera; después saca de entre los libros un tomo grueso que resulta ser una caja en la que hay escondida una botella de whiskey o ron.*) Seguro que de este libro sí has leído varios capítulos. (*Sirve el licor en ambas tazas.*) ¡Salud! (*Beben.*) ¿Angie te dio a beber algo?

AURELIO: —No.

GINA: —¿Cuál fue el libro que abriste? ¿Lo recuerdas?

AURELIO: —Uno gris... ¡Ese!

GINA: —Te voy a mostrar una cosa...

Toma el libro y se lo entrega a AURELIO, quien lo hojea desconcertado.

AURELIO: —Pero ahora, ahora no... ¿Qué es esto?

GINA: —Eres un actor ¿verdad? No sé por qué no lo entiendes.

AURELIO: —No, no entiendo nada, Gina. ¿Qué pasa en esta biblioteca?

GINA: —Estuviste en trance.

AURELIO: —Yo no soy psíquico. Soy un actor.

GINA: —Hay fronteras imprecisas.

AURELIO: —Salgamos. Necesito salir. Vamos a caminar...

GINA: —Recuerda que no podemos salir. Sírrete otro. Ya regreso.

Sale. AURELIO mira todo de manera interrogativa, incluido el librito gris. Se levanta y mira en los estantes, toma un libro y luego se sienta.

AURELIO (*lee el título del libro:*) —“MUJERES DE LAS NUBES”...

Repentinamente, la estantería se mueve. AURELIO gira con brusquedad y deja caer el libro. Se inclina a recogerlo y su gesto queda congelado en nuestra retina por un súbito...

OSCURO.

ESCENA 2

Nadie en la biblioteca. Entra GINA y se ubica al centro de la escena. Se prepara para una sesión de espiritismo, o para un ensayo: relaja su cuello, se concentra, pone el ventilador delante de la mesa. Se pone una bufanda. Una vez concluido su rito de preparación, sube a la mesa y toma el libro que ha caído al suelo. La luz de ambiente se torna azul y comienza la transformación: su voz, sus gestos y su ritmo son diferentes. Caen, solos, algunos libros de los estantes, y a ratos se oye el sonido de un teclado.

GINA: —Mamá siempre decía que yo vivía “en las nubes”. Y eso era más o menos verdad, pero no en el sentido de que me distrajera y no prestara atención al mundo. Más bien al contrario. Por ejemplo, recuerdo que cuando visitábamos la casa de mis primas en Altamira, yo dibujaba mentalmente los mapas, las vistas aéreas, el trazado de las calles. Tenía desde entonces una clara imagen de la ciudad desde el aire. Por eso nunca me he perdido en recovecos.

Mis primeros recuerdos son de paseos dominicales en los que me engolosinaba con algodón de azúcar: yo creía que eran peda-

zos de nubes, así que puedo decir que desde muy pequeña comencé a comerme el cielo, mordisco a mordisco.

En la adolescencia solía acostarme en el jardín a mirar el cielo del ocaso hasta que oscurecía. Así acostada me invadía el pánico, y tenía que hundir mis dedos en la tierra, pues me asaltaba la súbita certeza de que no había nada entre esas estrellas y yo. El arriba y el abajo dejaban de existir, y yo temía caer y estrellarme contra la luna. Aún ahora puedo tenderme en el piso y revivir esa sensación: siento que lo que nos ata a la tierra es mera circunstancia, y cualquiera de esas estrellas puede atraerme con su fuerza colosal, y caeré hacia el infinito.

Mientras estudiaba, conocí a un muchacho muy guapo que tomaba clases en La Carlota y yo corrí a inscribirme en el curso. Él estaba más adelantado que yo, claro. Tomé todas las materias para instructora: navegación aérea y celeste, aerodinámica, meteorología y regulación aerocivil... Puedo decir que nuestro noviazgo nunca fue aburrido ni convencional.

Enciende el ventilador y se pone delante de él. Se pone gafas y gorro de aviadora de los años 40 y, sobre una silla y con un improvisado volante, delante del ventilador, simula

*un arriesgado vuelo con apoyo del sonido de
un motor de la época.*

GINA (*hablando delante del ventilador*): —La pasión de volar nos unió mucho durante todos nuestros años de matrimonio, hasta que él cayó enfermo y se nos fue. Yo continué volando sola, y sola conquisté nuevas alturas.

De un modo muy sutil, el sonido del aeroplano se va convirtiendo en suave música de piano.

Ya mis nietos les habrán dicho que vendí mi avión y compré un piano. Sobre él puse los retratos de Mary Calcaño y de Patricia Grant, las precursoras, y las miro y las admiro mientras repaso mis sonatas. Porque ahora son mis manos las que vuelan, con gracia y sin peligro, sobre los teclados. Pero, cuando los huesos aún me lo permiten, me acuesto en el piso de la enorme terraza y, una vez más, mi alma indomable mira a los ojos la inmensidad. Entonces puedo sentir de nuevo el vértigo y caigo otra vez hacia el cielo...

GINA desciende de la mesa, se quita la bufanda y se sienta.

ESCENA 3

Cambia la luz. Entra AURELIO por el lado izquierdo: tiene un barbijo o mascarilla, y viste chaqueta deportiva. Su corbata luce bien ajustada.

AURELIO: —Me dijeron que esperara aquí.

GINA: —Póngase cómodo. Puede quitarse eso.

Aquí dentro no es necesario.

AURELIO: —¿Usted trabaja en este lugar?

GINA: —Sí.

AURELIO: —¿Desde hace mucho?

GINA: —Algunos días. Tres días, exactamente.

Mi nombre es Gina. Encantada.

AURELIO: —Aurelio, un placer. ¿Y esto aquí, qué tal?

GINA: —Bien. Un poco de claustrofobia, quizás, con este encierro obligatorio. Ahora, con usted aquí, será diferente, supongo.

AURELIO: —¿En qué consiste el trabajo? La información del anuncio era bastante vaga.

GINA: —Ya le dirán. Angie le va a explicar.

AURELIO: —Angie... Un nombre muy sexy. ¿Qué edad tiene?

GINA: —Me acojo al primer estatuto de la solidaridad femenina.

AURELIO: —El anuncio decía que no se trataba de sexo pero, vos sabéis, yo vine preparado para todo.

GINA: —Tomo nota. Si alguien manifiesta interés se lo haré saber.

AURELIO: —*Touché*. ¿Angie es quién, la jefa?

GINA: —No estoy segura. Esa Angie, si no es la dueña es la loca de la casa. Tiene mucha autonomía. Es arbitraria, Decide cosas, como esas amas de llaves que terminan creyéndose las patronas. En fin, eso es algo que espero que dilucidemos usted y yo.

AURELIO: —Muy bien, pero antes de dilucidarnos tenemos que tutearnos, *Fraulein* Gina.

GINA: —De acuerdo, *Herr* Aurelio.

Pausa.

Debes saber que en esta biblioteca ocurren cosas extrañas.

AURELIO: —¿Cosas como qué?

GINA: —Este es un lugar *pesado* ¿entiendes lo que quiero decir? Es un ambiente *cargado*. Aquí hay mucha energía, como un volcán emocional a punto de estallar...

Yo, esas cosas las percibo claramente.

AURELIO: —¿Eres vidente o sólo supersticiosa?

GINA: —Aquí... ¿cómo te explico? Acechan las historias.

AURELIO: —¿Qué quieres decir?

GINA: —Esos libros, por ejemplo. Algunos son peligrosos...

AURELIO: —¿Libros peligrosos? ¿Peligrosos cómo? ¿Tienen hongos?

GINA: —No, tienen otro tipo de parásitos.

AURELIO: —Mija, explícate.

GINA: —Están llenos de seres que te invaden, te poseen, encarnan en tu cuerpo...

AURELIO rápidamente se pone la mascarilla y la usa por unos segundos. GINA sale por la derecha

AURELIO: —Libros en los que hay seres que invaden, poseen, encarnan...

Una biblioteca contaminada. O manuales de espiritismo.

¿O una colección de dramaturgia?

GINA: *(desde adentro)* —Estoy buscando algo para explicarte. Ya regreso contigo.

AURELIO: —Te gusta hablar con misterio, de modo que es oportuno que te aclare esto: yo no creo en espantos ni en aparecidos ni en espíritus que migran.

GINA: *(desde adentro)* —¿Cuál es tu profesión?

AURELIO: —Soy actor. Desempleado. Disculpa la redundancia.

Es por eso que estoy aquí: por el anuncio.

GINA: *(desde adentro)* —¡Ah, actor! Entonces estás preparado para el trabajo.

AURELIO revisa los estantes y elige algunos libros. Se sienta y los dispone en la mesa, mira las portadas, lomos y contraportadas y está a punto de abrir uno de ellos, cuando...

ESCENA 4

Entra ANGIE por detrás de la estantería.

Su vestuario es un poco extravagante.

ANGIE: —Seré directa. Estoy ocupada. Haremos una prueba.

AURELIO: —Yo también estoy encantado de conocerte. Me llamo...

ANGIE: —Usted se llama Aurelio. Siéntese allí. ¿Actor o médium?

AURELIO: —Actor, por supuesto. Los embaucadores no suelen ser tan apuestos. Y tú eres Angie. La jefa. O la secretaria. O el ama de llaves...

ANGIE: —Nunca respondo preguntas.

Tome el primer libro de esos que están allí, en ese estante. El primero. Ese gris.

AURELIO: —Mi especialidad son los personajes fuertes, de carácter. Los protagonistas. Los antagonistas también los interpreto muy bien, si son vigorosos. Bueno, si no lo son, yo los interpreto así y el director que se las arregle.

Toma algunos ejemplares de la biblioteca y lee sus lomos y/o portadas:

“HE DECIDIDO NO ABRIR LOS OJOS”. “MALA LECHE”. “LA LEGIÓN DESLUMBRANTE”...

No he actuado en ninguna de estas...

Se dispone a alcanzar otro libro.

ANGIE: —Le he dicho cuál debe tomar. Ése. El menos “vigoroso”.

AURELIO: —Está bien. Sólo curioseaba. (*Lee:*) “NINO, DODÓ Y LOS BEE GEES”... Extraño título.

ANGIE: —Extraño elogio.

AURELIO: —Si te llegó el piropo entonces lo escribiste tú. ¿Te sientes halagada?

ANGIE: —Póngalo en esa mesa. Ábralo.

AURELIO pone el libro en la mesa; luego lo hojea, lo cierra y lo retira con desprecio.

AURELIO: —Un pequeño pelón de imprenta: las páginas están en blanco...

ANGIE: —Todas no. Busque la página siete.

AURELIO toma de nuevo el libro y lo abre; segundos después cierra los ojos. La luz y la atmósfera cambian.

ANGIE enciende velas en el borde frontal de la mesa. Una intensa luz azul ilumina el libro, luego se amplía o rebota tenuemente sobre el resto de la escena.

ANGIE (*su voz es dulce ahora*): —¿Estás ahí, verdad? Habla, rompe el silencio. Desahógate, habla libremente... Cuenta tu historia, estamos preparados para recibirte...

AURELIO se va transformando, acusa fuertes dolores en las piernas y con dificultad se sube a la mesa. ANGIE le tiende y acomoda algunos cojines. AURELIO se recuesta.

ESCENA 5

AURELIO: (*transformado*) —Desde la ventana de mi habitación podía verlo bien. Su padre había estacionado la Chevrolet en el solar del fondo de mi casa, bajo la enorme mata de nísperos. Partiendo del cajón de la camioneta, con loneta y largos palos, Rafaelón, el viejo campeón alzapesas, había improvisado un tenderete puntiagudo que sujetó a la tierra y al árbol con un entramado de cuerdas. Hacia la parte soleada extendió un techo de lona donde Nino pasaba el día con la compañía y protección de un ganso. Dodó se llamaba el ganso.

A ratos se oye el tecleo de una máquina de escribir.

Pero ya no eran tiempos de circo. El espectáculo era cosa del pasado, cuando su llegada al barrio era un alegre y ruidoso acontecimiento. Yo lo había visto en su esplendor y recordaba la larga caravana que se instalaba en el terreno detrás del colegio. Ahora, en cambio, los exóticos animales habían muerto o habían sido vendidos, y la compañía ambulante se había disuelto y disgregado. Rafaelón, el alzapesas, compró una camioneta desvencijada y emprendió su propio rumbo con su familia: Elisa la acróbata y

Nino, el hijo de ambos, con su inseparable ganso. Juntos desandaban por pueblos y barrios que el circo había visitado alguna vez. Mamá había oído decir a una vecina que Nino se había caído de un columpio a los dos o tres años, y que desde entonces había quedado tonto y mudo. Ciertamente, el muchacho no hablaba con sus padres, y nadie se acercaba a visitarlo en sus horas solitarias. Pero yo lo veía hablar animadamente todas las tardes con Dodó. El ganso, debo decirlo, parecía entenderle y, de hecho, le respondía.

Se oyen los compases iniciales de "Spicks and Specks" de los Bee Gees.

La acróbata y el viejo campeón salían temprano y dejaban pan o frutas y leche en una mesita junto a la mata de níspero. Se iban a recorrer las esquinas y los centros comerciales, donde hacían maromas y vendían baratijas. A media mañana, Nino y Dodó salían a comer a la sombra del níspero y luego tomaban un poco de sol.

Después de mediodía, Nino ponía en funcionamiento un reproductor de *cassette* con una única cinta. Era uno de los primeros discos de los *Bee Gees*. Todas las canciones parecían gustarle, pero cuando sonaba *Spicks and Specks* el niño y el ganso enloquecían de alegría. Nino se ponía una ajustada máscara-casco

hecha con una pelota plástica recortada, y bailaba marcando el ritmo con una botella llena de tapitas de refrescos de soda. El ganso aleteaba cómicamente y chillaba a su alrededor, sordo al ritmo pero no a la emoción de la música. Yo estaba convencido de que ensayaban un número especial para sorprender a los padres. Aunque me fastidiaba escuchar la misma música dulzona todos los días, siempre me asomaba a ver el ensayo, pues había algo allí que, a mis doce años, me resultaba profundamente conmovedor, o patético.

Suena "Spicks and Specks".

Where is the light

That would play

On my street?...

Extrañamente, cuando regresaban sus padres Nino volvía a ser un niño mudo (aterrado tal vez, ahora que lo pienso), y nunca mostró a nadie su talento. Yo fui su único espectador.

Cada vez más cansados, Elisa y Rafaelón llegaban al atardecer y le entregaban a Nino una arrugada bolsa de papel. El niño y su mascota devoraban juntos cualquier cosa que hubiera dentro de la bolsa grasienta.

El narrador masajea sus piernas rígidas.

Más de una tarde pensé bajar y llevarle a Nino dulces y libros de cuentos, cuentos

ilustrados o revistas de historietas, pero estaba seguro de que, si lo hacía, el ganso no me dejaría acercarme y el niño se escondría, y los dulces, las páginas ilustradas y yo terminaríamos picoteados y llenos de tierra.

La canción insiste:

...and where are the friends

I could meet

I could meet?

Las cosas se pusieron aún más duras para todos, y el barrio dejó de ser un lugar propicio para el comercio. Ya nadie tenía plata para comprar, y a Elisa y Rafaelón no les quedaban tonterías para la venta, así que comenzaron a mendigar. Y un día se vieron obligados a comerse a Dodó, el ganso.

El personaje que narra se levanta y camina con dificultad, con ayuda de un bastón o una muleta.

Entonces comenzó la fase más dura y dolorosa de mi rehabilitación: me hacían intensas terapias en una clínica y me llevaban de vuelta a casa agotado y dolorido, de tal modo que el recuerdo del ganso decapitado y sus plumas llenas de sangre renueva mi sufrimiento y convoca horribles calambres, y con la clara conciencia de mi comprensión inútil vuelvo a sentir el hondo espanto del pobre Nino antes de su muerte.

El narrador parece sentir fuertes dolores en sus piernas.

Elisa, la acróbata, se consolaba contando el milagro: después de casi cinco años —y aunque lo que decía era incomprensible— Nino había recuperado el habla justo antes de morir. Contaba que, en medio de la alta fiebre que se lo llevó, el niño balbuceaba palabras raras y nombraba sin cesar a Dodó.

La acróbata y el alzapesas recogieron su tienda y sus enseres y emprendieron camino con la urnita en el cajón de la camioneta, triste marcha de despedida que sólo presenciaron nuestras ventanas.

Le comenté a mamá que me parecía cruel que el pobre niño fuera por esos caminos dando tumbos dentro de su ataúd, y mamá me dijo que no me preocupara, que la señora Elisa había recostado a Nino sobre unas almohadas rellenas de plumas de ganso.

OSCURO.

ESCENA 6

AURELIO en el mismo gesto congelado del final de la Escena 1. Terminan de caer algunos tomos del estante y, por una entrada secreta, aparece FESTE, un duende mitad títere-mitad actor. Viste un extraño sombrero. AURELIO pega un brinco.

AURELIO: —¿Y tú, de dónde saliste?

FESTE: —De un libro.

AURELIO: —¿Viniste también por el empleo?

FESTE: —Eso mismo pregunto yo.

AURELIO: —Aquí, al parecer, cada quien habita en su soliloquio.

FESTE: —Mire, lo siento, usted perdió su viaje. Ya aquí se acabaron las historias, no queda nada nuevo que contar.

Entra GINA con una libreta pequeña.

GINA: —Quiero leerte unas anotaciones de mi primer mes aquí.

FESTE: —Le decía a tu amigo que ya no nos quedan cuentos ni personajes. Los pocos huérfanos que quedaban fueron devorados por sus padres...

AURELIO: —¿Qué?

GINA: —Deja el resentimiento, Feste. Mira: él es Aurelio. Llegó hace rato. Es actor ¿qué te parece?

FESTE: —No necesitamos actores. No hace falta nadie.

AURELIO: (*alarmado*) —¿Qué? ¿Ya no está disponible el empleo? ¡No pueden hacerme esto!

GINA: —No, no es eso, no le hagas caso a Feste. Te explico lo que ocurre: en esta biblioteca hay seres agazapados, esperando. “Personajes huérfanos” los llama Feste.

Busca una anotación en la libreta y lee:

“...Son almas en pena: necesitan narrar sus historias, confesar, vaciarse. Para algunos de ellos compartir su circunstancia es expiar su culpa, redimirse. Otros buscan su momento estelar, brillar en su propia historia, ser protagonistas...”

Cierra la libreta y señala los estantes.

Como ves, hay mucho susurro entre esas páginas blancas ¿No empiezas a sentirlos? Quieren encarnar, manifestarse, dejar de penar. Necesitan “materia” ¿comprendes?

AURELIO: —¿Y yo soy “materia”? No mija, aquí hay alguien que se equivocó. Primero, ya te dije que no creo en seres invisibles. Luego, me parece que tienen ustedes una idea bastante romántica y loca de lo que es actuar. ¿Ustedes creen que un actor es un médium? ¡Qué bolas! Mija, yo actúo desde hace muchos años y a mí nadie se me incorpora: soy yo diciendo vergas que me aprendí de memoria, eso es todo.

FESTE: —Este tipo le espantaría la magia a la luna menguante.

AURELIO: —La magia es una patraña.

GINA: —Explicame entonces lo que te pasó hace rato sobre esa mesa.

AURELIO: —Me drogaron. No recuerdo. O me mareé.

FESTE: —No recuerda, no sabe, estaba borracho, blablablá...

GINA: —Feste, él todavía no ha...

AURELIO: —¿Él vino contigo o es parte del mobiliario?

FESTE (*toma un libro*): —Yo le voy a explicar todo rápidamente. Póngase aquí y abra este... (*lee el lomo del libro y luego lo extiende a AURELIO*)
“DIÁLOGO”. Tome. Ya verá lo que pasa.

ESCENA 7

AURELIO hace lo que le han indicado. Lo cubre la luz azul. Se inicia en él una rápida, violenta transformación.

Entran algunos figurantes y forman una cola, de la cual forman parte AURELIO, GINA y FESTE, al frente. Entre todos ejecutan una cómica coreografía en la que AURELIO, desde el final de la cola, trata de avanzar para llegar hasta FESTE mientras los demás, irritados, tratan de impedirselo. La coreografía y el diálogo que sigue tienen un ritmo rápido y gracioso.

AURELIO: —Permiso, amigo. Déjeme pasar.

FESTE: —Su entrada, por favor.

AURELIO: —¿Entrada? No, amigo, yo soy del grupo que se presenta.

FESTE: —No puede pasar sin entrada.

AURELIO: —Pero si yo soy el director de la obra...

FESTE: —Lo lamento. Tiene que autorizarlo el responsable del espectáculo. No hay excepciones.

AURELIO: —Muy bien. Déjeme pasar. Yo soy el responsable del espectáculo.

FESTE: —No, usted es el tipo listo que quiere pasar sin entrada.

AURELIO: —Pana, amigo, déjame entrar. Si no lo

haces no habrá espectáculo. Yo soy quien da la orden al tramoyista, y si no estoy no va a subir el telón ¿entiendes?

FESTE: —Yo no soy su pana ni su amigo, y no puedo solucionar sus problemas. Deje pasar a estos señores, que tienen sus boletos en la mano. Pídale prestado a alguien. Resuelva su asunto y déjeme hacer mi trabajo.

AURELIO da una vuelta. Se acerca a GINA.

AURELIO: —Epa ¿cómo te va? ¿Te acuerdas de mí?

GINA: —Creo. ¿Tú eres actor?

AURELIO: —En esta ocasión soy director.

GINA: —¿Y vienes a ver una obra de otro director? Qué raro.

AURELIO: —La dirijo yo.

GINA: —¿Tú? ¿Y qué haces deambulando por aquí? El espectáculo está por comenzar...

AURELIO: —Es que el tipo ese no me deja entrar. Me pide un boleto para dejarme pasar.

GINA: —¿Ah, sí? ¡Qué casualidad, igual que a todos! Cómpralo.

AURELIO: —No puedo. Mi billetera está ahí dentro, en el camerino. Y la verdad es que no tengo plata en la billetera.

GINA: —¿No tienes plata?

AURELIO: —No, no tengo. ¿Te parece raro? Pues a mí no: yo tengo muchos amigos pintores, y

ninguno de ellos tiene dinero para comprar un cuadro suyo, ni siquiera uno pequeño, de modo que no, no tengo plata para comprar una entrada del espectáculo que yo mismo escribí y dirigí.

GINA: —Mira, tú no dirigiste nada y lo que estás es tratando de entrar gratis como todos los que hacen teatro. Sal de aquí, que te mando a llamar a Seguridad...

AURELIO: —Sí, ya me voy, ya me voy, pero hazme un favor: préstame un momento tu bufanda. ¿Tú viste aquella obra en la que salgo haciendo de turco, y...?

GINA: —¡Seguridad!

Los figurantes toman a AURELIO de los brazos.

AURELIO: —¡Suéltanme, suéltanme! ¡Que me suelten! ¡Soy el autor, el director de la obra, se los juro! ¿No me creen? Les voy a contar cómo comienza, ahora verán: primero hay un oscuro, y después... ¡No! Después no ocurre nada, no habrá después, seguirá todo oscuro, no habrá luz si no estoy ahí y le digo a Oscar que prepare los contra y... ¡Suéltanme!...

Salen los servidores llevándose a AURELIO, a pesar de su protesta.

ESCENA 8

Cambio de luz. Música.

FESTE sale de entre los libros con velas que enciende en el borde de la mesa. Pone un libro en el centro y se aparta.

Comienza un viento suave que va arreciando. Las llamas se agitan sin llegar a apagarse.

Caen algunos libros de las repisas. GINA sube a la mesa. El libro empieza a abrirse por acción del viento y sus hojas se agitan (tal vez el ventilador ayude). A ratos, durante el siguiente texto, caen y vuelan hojas en blanco sobre la escena y se escucha el rumor de la transcripción mecanográfica.

FESTE: —Todo está listo. Baja, entra, encarna. La materia está aquí, dispuesta y preparada para recibirte...

GINA (*con un tapa-ojos para dormir y cubierta por una gasa transparente. Visible bajo la gasa, habla entre el sueño y la vigilia*): —Estoy en Madrid. Estoy con Rodrigo, que me fue a buscar al aeropuerto. Todavía Manuela no sabe que he llegado. La voy a llamar, Rodrigo, le voy a decir “*te oigo muy bien, te oigo muy cerca*” y ella empezará a sospechar y hará silencio por unos segundos y entonces gritaremos de alegría. Estoy en Madrid, Manuela. Al fin.

Me siento bien, me siento tranquila. No tengo inquietudes, ya no hay sobresalto. Me siento feliz pero un poco mareada, tal vez es ese limbo de cuando uno aterriza y llega y está un tiempo como aturdida. Yo siempre he pensado que es porque el alma no puede volar a la velocidad de los aviones y entonces viene por allí, con retraso, siguiéndola a una por los aires, y esa pequeña náusea nos dura hasta que el alma aterriza y se nos mete otra vez.

Percibo un aire diferente. Todo es hermoso, y yo lloro. La belleza me hace llorar. Rodrigo me brinda un postrecillo sencillo y delicioso, y pienso en lo inútil que sería la receta: esto no lo podremos hacer allá, no sabrá igual, le harán falta esa pared antigua, el aroma de los cipreses, este aire y esta luz que no puedo llevarme.

Entonces una recóndita conciencia me dice que esto es un sueño, y ya intuyo lo que encontraré al despertar. Por eso he decidido no abrir los ojos y permanecer lo más que pueda en esta burbuja que no es Venezuela pero tampoco es España: estoy en un Madrid que me he inventado, flotando cómodamente en una burbuja sin nación ni pasaporte, y me aferro a este postrecillo fragante e inefable, sutil e imposible, un postre de naturaleza angélica, no como el contundente tiramisú que, redondeando el cuento, es postre de putas...

No, no debo contaminar este aire con palabrotas porque no podré renovarlo, se contaminaría de país y de realidad y podría cambiar el significado de aquel silencio inicial en la llamada de Manuela, y en lugar de ser expresión de súbita alegría pasaría a ser producido por el pensamiento “*otro venezolano más, qué ladilla*”. Me dolería.

Emigrar es tan arrecho como quedarse.

Bueno, ya con el pensamiento anterior me resigno a la proximidad de la vigilia. Estoy despertando irremediablemente, y despierta en mí la angustia que es parte del actual paisaje venezolano. De una manera muy dura, se hace presente mi imposibilidad de salir del país.

Baja ligeramente el tapa-ojos como para echar una ojeada y desliza delicadamente la gasa que la cubre sin llegar a salir de ella.

Surgen entonces asuntos recientes que me espabilan, como la llamada de Chela desde Sitges. Ella y su esposo, tan revolucionarios de toda la vida, están solicitando asilo político. Me llaman porque quieren que les dé unas obras mías para un proyecto de teatro que están preparando en Barcelona. Algo breve, algo sencillo, para calentar motores antes de tomar por asalto el *Licen*. Se sorprenden cuando les pregunto por el pago

de derechos. “*No habíamos pensado en eso*” me dice, y me aclaran: ellos allá podrían conseguir otras obras dramáticas, otros dramaturgos, pero me llaman a mí para darme “la oportunidad”...

Se quita el tapa-ojos y emerge violentamente de la gasa.

Verga, ya. Me desperté.

Se levanta y sale.

ESCENA 9

Entra FESTE con un libro de rayas rojas y negras. Mira a los lados para asegurarse de no ser observado, y coloca el libro en algún estratégico lugar, habiendo estudiado su visibilidad desde diferentes ángulos. Lo cubre parcialmente con algún objeto y sale luego con sigilo.

Entra AURELIO y rápidamente lo descubre. Al abrirlo hay un súbito cambio de atmósfera y se opera en él una violenta transformación: se convierte en un ser de mirada aviesa, armado con un sombrero de cowboy.

AURELIO: —Robinson quiere asesinarme. He tenido que alejarme paulatinamente de los sitios que frecuentaba por el temor de encontrarlo. Temor no: yo no le tengo miedo. Lo que pasa es que él siempre fue muy hábil para embobar a todos, con su carro dorado y su esposa dorada también, mientras yo perdía empleos y ganaba fama de pavoso. Nadie me creerá a mí porque ando sin plata y tengo mala suerte, pero es cierto: Robinson quiere asesinarme. Lo veo claro en sus ojos, en el modo como

me mira. Por supuesto, es algo que solo yo percibo porque es dirigido a mí exclusivamente. Fue hace poco tiempo que me di cuenta de esa especial habilidad suya de enviar fulminantes mensajes y cambiar de inmediato la expresión de sus ojos, entornándolos inocentemente.

Sólo los matones del lejano Oeste tienen esas dos cosas a la vez: la mirada torva y la maña para disimularla.

El porqué quiere matarme es toda una historia: después de mucho cavilar creo haber descubierto sus razones. Al principio estaba convencido de que era porque yo soy de los pocos que lo recuerdan débil, enfermizo y pobre, y querría borrar del universo esa memoria, como si hubiera un banco mundial conformado por los recuerdos de todos los hombres vivos, y él quisiera cerrar esa cuenta. Así es él de arrogante. Pero luego pensé que eso no tenía sentido porque entonces tendría que matarse él también.

Así que resolví preguntárselo. Por teléfono, por supuesto. Y no tendría que identificarme porque él sabría de inmediato que soy yo, la persona a la que quiere asesinar, su víctima en agenda, su amigo, su viejo amigo al que negó.

Es curioso, pero a pesar de que lo conozco desde niño no recuerdo haber hablado nunca por teléfono con Robinson. Cuando éramos muchachos vivíamos cerca y no había esa necesidad apremiante de estar hablando con los que no están. Lo hacen todos ahora. Qué locura.

—Oye Robinson ¿por qué me quieres matar?— Algo así, escueto, directo, sin adornos ni retóricas. Pero no había manera de dar con su número de teléfono.

Entra FESTE y hace gestos con la mano para conjurar la mala suerte. Observa divertido la escena desde un lado del escenario o desde la platea. Suelta una eventual carcajada.

Entonces me puse a pensar y recordar, y creo haber descubierto el origen de su odio y la razón de su proyecto criminal. Recordé aquel día que me peleé con el idiota encargado de la oficina del centro donde yo trabajaba. Todavía me acuerdo y me vuelve la furia, porque después del incidente ya no pude volver a ver a la señora M. Bueno, ese día estaba listo yo para dar el gran parlamento de renuncia con portazo final y ¿a quién se le ocurre entrar en ese momento? Pues a Robinson. Con su falta de tacto, incapaz de oler

el clímax del momento, incapaz de captar la tensión que se respiraba, se acerca a mí y me lleva a la esquina del escritorio de la señora M. para decirme:

—Amigo, límpiese la nariz. Tiene un moco colgando.

Al muy maldito le sonreían los ojos, y casi convulsiona reprimiendo la carcajada. Y yo, aturullado y sin saber adónde mirar o qué hacer con mi espectacular *finale* en grado de frustración, le agradecí el dato.

GINA ha aparecido por el lado derecho y observa alarmada la escena. Habla a AURELIO sin que este la escuche ni deje de hablar al público.

GINA (*parlamento simultáneo con el siguiente*): — ¡Aurelio, detente! ¿De dónde sacaste ese libro? Aurelio, escúchame, déjalo ya. ¡No estás preparado para esas páginas! ¿Quién te dio el libro? ¡Feste, Feste, ven aquí!

AURELIO (*parlamento simultáneo con el anterior*): —Sí, le agradecí. Y ahí está, creo, el meollo del asunto. Ese fue el cabo por el que logré desenredar la madeja de su odio: porque tengo que admitir que Robinson todo lo hacía con gracia, hasta eso de humillar. Le salía natural. Se veía elegante humillándolo a uno.

GINA sale a buscar a FESTE, quien se ha escabullido.

Cuando se mudó cerca de mi casa, Robinson era un pobre pendejo, desgraciado e insignificante, y de repente se le murió el papá y su vida cambió para bien. Empezó a tener una insólita buena suerte. La madre se hizo próspera de un momento a otro. Mamá dice que siempre habían sido ricos pero que el papá era muy tacaño.

Él y yo comenzamos al mismo tiempo nuestra vida escolar, y ahí empezó también la historia de sus triunfos y de mis fracasos: él, el mejor estudiante, yo reprobado siempre. Él tocaba los himnos en el piano del salón de usos múltiples, y yo metía un autogol en el partido contra el Gonzaga... Las muchachas suspiraban por él y los profes le hacían fotos para ponerlas en la cartelera, mientras se consolidaban y cobraban fama mi mal récord estudiantil y mi contagiosa mala suerte, respectivamente.

Bueno, pero continuó para no perderme. Aquel oprobioso día del moco colgante, el día que perdí mi trabajo de contador y dejé de ver a la señora M, después de decirme aquella impertinencia y reírse de mí, ese día, saliendo del estacionamiento, Robinson chocó su precioso, envidiable y carísimo carro deportivo. Pérdida to-

tal. Un fémur y tres costillas fracturadas. Yeso, muletas, oportunidades perdidas. Creo recordar que lo vi a los meses, renqueando.

Después de eso, como al año, nos encontramos en la cola de un supermercado. Yo llevaba unas pocas cosas. Nada: pan, leche, queso, algo así, y la tarjeta no pasaba y yo no tenía suficientes billetes. Sentí que la gente en la cola iba inquietándose y, al voltear, descubro que él estaba detrás de mí. Iba con su carrito lleno de *delicatessen*. Al verme, tomó una leche de almendras y se puso a leer una receta impresa a un lado del envase. Fingía.

—No sé qué pasa con los bancos— dije.

—Estoy seguro de que tengo dinero en esa cuenta— le comenté a él después de introducir por sexta vez mi clave.

Él siguió con su lectura embustera. Qué mierda de recetas ni de *nutrition facts* iba a estar leyendo ese güevón, si yo sé que él es un cegato de mierda y no puede con esa letra tan chiquita. Me dio arrechera. Pero insistí:

—Amigos, disculpen las molestias— dije a los de la cola, y luego a él: —Te estaré muy agradecido si puedes pagarme esto. No es mucho. Al salir vamos un momen-

to al cajero electrónico que está aquí al lado y te devuelvo el importe. En nombre de nuestra amistad.

Durante el párrafo anterior, han entrado GINA y FESTE. Ella le ha pedido al duende que recoja el libro. Él lo hace, hojea el libro y oportunamente lee:

FESTE: —No sé de qué amistad habla, amigo. Yo a usted no lo conozco.

AURELIO (*enfurecido*): —¿Que no me conoces? ¿Que no me conoces, maldito? ¡Mira este moco, reconócelo, hijo de la gran puta! ¡Ven aquí, desgraciado!

FESTE y GINA salen buyendo ante la violenta reacción del personaje, violencia que se enfría súbitamente cuando salen el duende y la chica.

Pero me contuve.

Lo que más arrechera me daba es que el desgraciado me negaba doblemente porque, mientras me respondía, miraba a la cajera o a los otros clientes, sonriendo bobamente. Entretanto, yo quedaba ante todos como un insignificante embustero o como un aprovechador, o algo peor.

Dejé las cosas en la caja y salí de ahí sin voltear, sin mirar a nadie y sin decir ni pío, como John Wayne alejándose de la cáma-

ra, adentrándose en el campo en algún final impreciso, y me fui a la parada del autobús. Silenciosamente, me uní a la cola. Entretanto, él subió a su flamante Cherokee, dio la vuelta a la manzana e ingresó en el flujo de vehículos que pasaban por la avenida, hasta que el semáforo se puso en rojo y tuvo que detenerse.

Justo donde estaba la parada. Justo enfrente de mí.

Hablaba exaltadamente por teléfono y, de pronto, quedó mudo y muy serio. El semáforo cambió pero él se quedó detenido, sordo a los cornetazos de los otros conductores. Su mirada vagó sin ancla y sin puerto hasta que se cruzó con la mía, y entonces sus ojos se desorbitaron. Un grito salió de su garganta. Con un chirrido metálico, la Cherokee dio un salto y giró para montarse en la isla y tomar el canal contrario, y Robinson y su camioneta se perdieron a toda velocidad por la avenida. Se habían incendiado su oficina y su depósito, leí al día siguiente. Hubo heridos de gravedad y cuantiosas pérdidas. Robinson tenía numerosas demandas y responsabilidades civiles que afrontar. Y de eso tuvo noticia en aquel momento, detenido junto a la parada del autobús, frente

a mí, mientras me miraba, por lo que no creo estar equivocado cuando digo que él piensa ahora que sus ataques de mala suerte son, de alguna manera, culpa mía.

Se oye un fragmento de audio —música y diálogos— de una película del oeste. GINA y FESTE entran por un lado.

Lo más curioso, lo que me daría risa si yo tuviera sentido del humor, es que durante años pensé que aunque nos veíamos poco éramos amigos, y resulta que en ese tiempo en que él no me recordaba estaba yo a salvo y sin peligro en su desmemoria. Porque cuando fue al fin capaz de reconocermme, de recordarme, fue cuando concluyó que era yo la causa de su mala suerte, y entonces me convertí en su proyecto criminal. Mala leche.

Desde que no me ignora nos cruzamos en todas partes...

FESTE: —¡Cállate ya! Se acabó la función, no queda nadie. Todos se fueron...

AURELIO: —He detectado en él impulsos violentos hacia mí...

GINA: —¡Bravo, Aurelio! Lo hiciste muy bien.

Aplaudiments. Ven, salgamos a caminar...

AURELIO: —Cuando camino estoy atento a los carros que pasan, y me escondo detrás de los cubos de basura...

FESTE: —¡Basta, terminó la función! ¡*Teló final!*

AURELIO: —Vivo temeroso...

GINA: —¡Telón! ¡Oscuro! ¡*Fosc! S'ha acabat!*

FESTE (*grita a la cabina técnica o a la tramoya*):

—¡Dios mío, Oscar, apaga esa mierda!

AURELIO: —Pero estoy prevenido...

FESTE (*parlamento simultáneo con el siguiente*): —¡Ese es el problema con Stanislavski! ¡Actores, son todos unos locos de atar! ¡Confunden el cielo con la tramoya!

AURELIO (*parlamento simultáneo con el anterior*): —
Por eso estoy pensando que sería más fácil si lo vigilo yo. Me podría esconder en los arbustos de su jardín y esperaría, podría esperar, porque si él decidiera tomar un arma y salir a cazarme es seguro que la cargará junto a la ventana del estudio.

GINA y FESTE salen.

Lo sé porque es un maldito cegato y la luz del sol y la del potente reflector del jardín dan de lleno en ese lugar. Siempre va allí, y con los lentes que no se atreve a usar en público se pone a leer pendejadas y tarjetas de visita y los papelitos que traen adentro las medicinas.

Ojalá no se ponga los culo-de-botella cuando venga por mí.

Porque ese día va a llegar, no importa qué tanto esperemos o evitemos el encuentro.

Y yo no estaré desarmado ni desprevenido. Me estoy preparando para el duelo. Durante las horas de oficina, cuando sé que está ocupado en la reconstrucción del galpón incendiado, me pongo a repasar los viejos westerns para ensayar lances, saltos y maniobras ingeniosas, para saber cómo abalanzarme sobre él y arrojarlo al piso, porque al momento de vencer a Robinson quiero decirle alguna injuria elegante y de gran clase, un parlamento de aplauso, de final de película, mientras yace aplastado bajo mi bota justiciera, con la cara sucia y los mocos llenos de tierra.

FESTE y GINA toman la gasa de la escena anterior y, avanzando desde atrás, atrapan con ella a AURELIO. Se oye un gran enfrentamiento a balazos con refuerzo orquestal tomado del soundtrack de algún spagueti-western.

FESTE (*grita*): —¡Ahora sí: *black-out!*

OSCURO SÚBITO.

ESCENA 10

GINA camina impaciente. FESTE la observa ir y venir. Después de un silencio inicial:

FESTE: —Se ha ido.

GINA: —¿Sí? No.

FESTE: —Se fue. Estaba agotado. Era un idiota.
No iba a poder con el próximo.

GINA: —¿Tú sí?

FESTE: —Yo sí, por supuesto. Dame eso a mí. Él
se fue, se quiso ir.

GINA: —¿Le dijiste algo?

FESTE: —Ni un parlamento.

GINA: —¿Hiciste algo para que se fuera?

FESTE: —Me descuidé, y... dejé las puertas abiertas.

GINA: —Está bien, Feste. Esto es algo urgente.
Tómalo.

ESCENA 11

FESTE sube a la mesa con una maleta, la abre y saca un cráneo humano con tapa-boca. GINA toma una libreta y se sienta a transcribir.

Durante el parlamento de FESTE caen libros y vuelan hojas blancas...

FESTE: —Mi voz es colectiva. Somos varios, somos muchos, somos una legión deslumbrante. Somos aquellos que, al bajar el telón, al silenciarse el eco de los aplausos, nos infiltrábamos en la penumbra de tu conciencia. Nos convertíamos en el eco de las voces del espectáculo, te montábamos otra vez la escena, la obra, la noche completa, susurrábamos los parlamentos una y otra vez en tu camino de regreso y antes de que durmieras y al despertar del día siguiente. Nuestras voces se iban debilitando pero alguna vez alguna frase, alguna imagen se salvó y aún permanece contigo... Eso es todo lo que tenemos: la memoria de unos versos. Todo lo demás se ha extinguido. Hemos estado detenidos, silenciados, pero ya terminó el entreacto y al fin podemos retomar los temas pendientes, así que subiremos otra vez a los pliegues de tu traje

y nos meceremos nuevamente en el destello de tus aretes para repetir las frases y las pausas de cada noche alucinada.

Y para persuadirte de que regreses, porque entre ustedes y yo, entre tú y nosotros, hay muchos libros en blanco. Son páginas calladas donde aguardan seres ficticios con miedos reales, entes de ficción que padecen y ejecutan sin pudor sus argumentos con el único propósito de ser recordados.

Quieren hablarnos de la vida que viven o de la que pretenden vivir, de sus miedos, de su odio. Otros más se preguntan, nos preguntan por la maleta y por el ataúd: qué llevamos y a qué renunciamos en el camino de exilio o en el sendero de la muerte. Qué se va con nosotros, qué creíamos que era nuestro. Qué conservamos y qué olvidamos. El legado, la herencia, el porvenir de nuestros esfuerzos... Pero ¿a quién puede importarle el miedo ajeno en este duro tiempo de aliento cautivo y soledad decretada? Y sin embargo, el limbo blanco no acalla su murmullo, porque somos colegas y correligionarios en las dudas y temores.

Es más: somos un mismo organismo. Ahora lo sabemos.

Me voy, nos vamos. Al salir nos aferraremos de nuevo a tus atuendos, y volve-

remos a coincidir aquí en otra noche de destellos y preguntas, de sombras y revelaciones.

Para celebrar el retorno de los aplausos.

Con el aliento libre (*quita el tapaboca a la calavera*). Otra vez juntos.

FESTE desciende luego de una reverencia.

ESCENA 12

La luz da entrada a AURELIO. Se ve relajado. Busca el escondite de la botella de licor y se sirve un trago. Se oye la voz de ANGIE. Desde el comienzo de la escena, AURELIO trata precisar la ubicación de ANGIE mientras ella responde en off al diálogo, hasta que la encuentra.

ANGIE (*en off*): —Siéntese. Vamos a hacer otra sesión. Algo rápido. Estoy sumamente ocupada.

AURELIO: —Como siempre.

ANGIE (*en off*): —Siéntese.

AURELIO: —Relájate, jefa. Por aquí hay una edición especial. ¿Dónde estás? ¿Quieres un trago?

ANGIE (*en off*): —No respondo preguntas.

AURELIO: —Pronto lo harás.

ANGIE (*en off*): —Tome el libro azul de la primera repisa. Ábralo.

AURELIO: —No, jefa. Esta no es noche de revelaciones: es noche de rebeliones.

ANGIE: (*Silencio*).

AURELIO: —Bueno, sí habrá una revelación: el personaje que va a encarnar en esta sesión eres tú, Angie.

ANGIE: (*Silencio*).

AURELIO: —Dime ¿eres la autora de todas estas historias?

ANGIE (*en off*): —No respondo pre...

AURELIO: —Acabas de hacerlo. Bueno, igual avanzaremos a punta de afirmaciones. Mías, claro. La primera: tú eres, o te crees, la autora de todas estas ficciones.

ANGIE: (*Silencio*).

AURELIO: —Y ya sé lo que pasa aquí.

ANGIE: (*Silencio*).

AURELIO: —Tienes una imperiosa necesidad de narrar...

ANGIE: (*Silencio*).

AURELIO: —Pero últimamente enfrentas una crisis creativa...

ANGIE: (*Silencio*).

AURELIO: —Estás bloqueada, y no eres capaz de encontrar la voz de los personajes que has imaginado...

ANGIE: (*Silencio*).

AURELIO: —Entonces, el anuncio de la epidemia y el decreto de aislamiento te dieron la idea. Astutamente, ideaste una engañosa oferta de empleo y convertiste el toque de queda en un secuestro...

ANGIE: (*Silencio*).

AURELIO: —Todos estos días te has valido de tus... ¿cómo se dice?... De tus “facultades”, de tus dones, de tu magia, para...

ANGIE (*en off*): —Usted no cree en la magia.

AURELIO (*sacándola de su escondite. Lleva a ANGIE a una silla y la sienta de espaldas al público*): —Sí, jefa, ahora creo. La primera vez fue un impacto fuerte, me costó recuperarme. No recordaba nada. Pero después...

ANGIE: —No sé si quiero oír este monólogo.

AURELIO: —Ahora soy consciente durante el trance. Ahora, cuando actúo, no soy ni médium ni caletre ni memoria desangelada: soy un ser escindido. Las palabras nacen y renacen en mí, cada vez por primera vez. Tengo conciencia y dominio de mi propio yo y, al mismo tiempo, estoy abierto a las pulsiones de esa otra alma que alienta aquí adentro. Sí, creo en la magia. La encarno.

ANGIE: —Qué bien. Bueno, señor Aurelio, terminó la cuarentena. Usted puede irse cuando quiera, sólo tiene que firmar unos documentos en los que reconoce mi autoría única y absoluta.

AURELIO: —¿Tú también firmarás?

ANGIE: —Sí.

AURELIO: —Gracias por responder. Y ahora dime: ¿cómo vas a firmar el documento? ¿Como Angie, o como Gina?

Le quita el accesorio (peluca o lentes o capuchón...) que la convertían en ANGIE.

Pausa. GINA se recompone y se levanta.

GINA: —Sí, es tal como dices. Tengo “facultades”,

una cierta facilidad para contactar con otros mundos. Siempre he tenido sueños, sueños extraños. Esos personajes, esos argumentos se me revelaban, venían a mi mente tal cual, completos, y un día empecé a anotarlos. Me he creído escritora, pero no lo soy: soy sólo una mediadora. Vivo entre dos mundos. Fantaseaba con la idea de escribir, publicar, estrenar, hasta que me pasó lo peor que podía pasarme: dejé de soñar. Dormir es ahora un simple apagón sin sortilegios. Los personajes se esfumaron, pero quedaban las ideas, y no tuve más remedio que recurrir a mis talentos esotéricos.

AURELIO: —Y a otros métodos más terrenales, como el secuestro.

GINA: —Sí, algo menos paranormal.

AURELIO: —La que no respondía preguntas era Angie ¿verdad?

GINA: —Sí. Ella me salió así, reseca y cortante.

AURELIO: —Muy bien. Ahora dime, Gina ¿Feste no era suficiente?

GINA: —Él tiene otro registro. No puede hacer todos los personajes. Y hay algunos que no le “bajan” bien...

AURELIO: —¿Cuáles, los vigorosos?

GINA: —Sí. ¡No! Estoy siendo injusta. No es eso exactamente...

Pausa levemente tensa.

AURELIO: —Tienen mucho tiempo juntos ¿verdad?

GINA: —¡Sí! Él es un ser especial, un ángel.

AURELIO: —Qué afortunada.

GINA: —Nadie dijo que fuera fácil vivir con los ángeles.

AURELIO: —Entiendo.

GINA: —La verdad, Aurelio, es que, simplemente, me hacía falta otro instrumento en el concierto. Por eso publiqué ese anuncio. Feste me ayuda mucho, muchísimo, no sabes cuánto. En todo...

Pausa.

Y ahora tú te vas, ¿verdad?

AURELIO: —Sí, me voy.

GINA: —¿Y qué harás?

AURELIO: —Seguiré actuando. Me encanta actuar.

GINA: —Pero ¿dónde, cuándo? Por ahora...

AURELIO: —Ya volverá el tiempo de los aplausos. Estaré preparando.

Pausa.

GINA: —Aurelio ¿te vale una disculpa?

AURELIO: —Me vale...

Bueno, listo. Yo pensé que me las sabía todas, pero he conocido una nueva dimensión de mi oficio. Y tú, tú lo lograste. Ahí están tus cuentos. Tuyos. Puedes hacer lo que quieras con ellos.

GINA: —¡Pero son tan desiguales, Aurelio! No sé qué hacer... Quería escribir cuentos, guiones, obras de teatro, pero es que son tan distintas mis historias...

Hablan simultáneamente:

AURELIO: —Tan dispares...

GINA: —Tan disparatadas...

AURELIO: —Como el país...

GINA: —Como el mundo...

Tal vez rien.

Aunque...

¡Pues sí, tienes razón! Bueno, quizás podría...

¡Eso es!...

Pero ¡ay, Aurelio! ¡La crítica especializada me va a destrozár!

AURELIO: —Pues te harán un favor. Como decía el gran Dalí: de uno que hablen, aunque sea bien.

AURELIO se pone la mascarilla y sale por la derecha GINA sale al mismo tiempo por el lado opuesto. De inmediato se escucha un rápido tecleo mecanográfico, y comienza a bajar el

TELÓN

CONTENIDO

ESCENA 1	7
ESCENA 2	10
ESCENA 3	13
ESCENA 4	16
ESCENA 5	18
ESCENA 6	23
ESCENA 7	26
ESCENA 8	29
ESCENA 9	33
ESCENA 10	44
ESCENA 11	45
ESCENA 12	48

La primera edición de este libro se diseñó y exportó para su publicación en **Amazon** el día 21 de febrero de 2025, en el Taller Editorial del poeta **Luis Perrozo Cervantes**, ubicado en la ciudad de Maracaibo, en el estado federal del Zulia, al norte de Suramérica, en continente descubierto por Cristóbal Colón, dentro del Planeta Tierra; el mismo día del año 1957 en que nació Jesús Javier Rondón Paz nació en Valera (murió en Maracaibo el 8 de mayo de 2021). Artista visual (escultor, ceramista), artista escénico (actor, director, docente, diseñador, utilero teatral) y escritor (narrador y dramaturgo). Fue un polifacético artista con larga residencia en el Zulia, donde destacó como escritor de un cuento para niños, utilizado en la docencia no sólo venezolana sino también norteamericana, así como de una novela para jóvenes. Artista visual de amplia trayectoria en diferentes modalidades de las artes plásticas (artes del fuego, diseño teatral, escultura y nuevas tendencias). Ceramista importante, fue alumno de Alicia Benamú en el Taller Libre de Cerámica de la Academia de Bellas Artes y fundador del taller de cerámica Piedra de Ojo con Adolfo Morales. Desarrolló desde 1990, la serie «Apoteosis del Papel», propuesta plástica contemporánea de la cual forman parte: «Atlantes», acción poética para el II Salón del Reciclaje del IMAU (1990); «Hojeda», instalación efímera para el XVII Salón de Aragua (1992) y «Ciudad», acción-instalación. Esos trabajos han merecido los elogios de Roberto Guevara, Laura Antillano y Milagros Socorro, entre otros. Obtuvo varios premios en salones de artes visuales como el premio de pintura Emerio Darío Lunar en el II Salón Lagoven de Artes Visuales (1995), por su obra El entierro del conde de Orgaz, por la transformación y reinterpretación contemporánea de una obra maestra, traducida a materiales innovadores que enriquecen con espacios y texturas el intertexto de origen. Diseñó la escultura que entregó la Sociedad Dramática de Maracaibo como Premio a las Artes Lía Bermúdez. Egresado de la Escuela de Teatro Inés Laredo en 1981, fue miembro del grupo Teatro Ambulante Molière del Centro Venezolano Francés, alumno de los talleres de expresión corporal de Zulema Moret y de Ana Corti, integrante del Taller de Expresión Primitiva, miembro fundador del grupo Gente de Teatro (V.) de Maruja Fernández, su maestra de teatro, agrupación con la cual participó en diferentes montajes. Docente de la Escuela de Teatro Inés Laredo, fue fundador y director del grupo Teatro Abierto. Realizó diseños para las obras teatrales: Edipo Rey, Farsas comedias, Cerco, Son Caribe, Aventuras de Pedro Rímales y Picardías de Scapín, espectáculos de la Sociedad Dramática de Maracaibo, bajo la dirección de Enrique León. Igualmente realizó utilería o escenografía para Danza Contemporánea de Maracaibo, Compañía Regional de Teatro, Compañía Danzarte, Compañía de la Escuela Inés Laredo y otros grupos teatrales de la región. Por esta labor se le concedió el Premio Regional de Teatro, mención escenografía. Fue participante en el Taller de Capacitación para Animadores Culturales (Plan Sebucán), miembro del Taller Literario del Centro de Bellas Artes (Coordinado por Néstor Leal). En 1996 y en 2007 obtuvo la condecoración Armando Reverón, conferida por la Secretaría de Cultura del estado Zulia. También ha recibido la Orden Mérito al Trabajo en Segunda Clase, conferida por el Ministerio del Trabajo en el Día Nacional del Teatro (2006); Premio Aura Morán como Mejor Director, otorgado por la Dirección de Cultura de la Universidad del Zulia y Grupo Teluz (2004) y la Orden Rafael María Baralt a las Artes Escénicas por el área de Teatro (2016), concedida por la Fundación Teatro Baralt. En 2019 recibió el Premio Juana Sujo de dramaturgia con su obra Maderamem. Director de la Escuela de Teatro Inés Laredo (2007-2009), ocupó el cargo de escenógrafo en la Escuela de Títeres del Zulia y el Grupo Garabato.